

DE APUESTO GALAN A LEGO ENFERMERO

P. Miguel Selga S.J.

Felipe II se siente morir: está convencido que son contados los días que le quedan de vida: se da cuenta de que ni todo el oro del continente, recientemente descubierto, ni el poderío de las cortes europeas, podrán devolver energía y juventud a las carnes que se le caen y a los huesos que se le quiebran. Toda su confianza la tiene puesta en el Hijo de Dios crucificado: por ministerio del sacerdote recibe los sacramentos de la Iglesia: agradecido acepta las medicinas y servicios que le presta el enfermero Bernardino Obregón. Macilentos y exánimes yacen en los hospitales de Lisboa centenares de tuberculosos y millares de campesinos, atacados del "mortífero tabardillo" o del "catarro exantemático." Llenan las salas de los lazaretos de Lisboa los gemidos y ayes lastimeros de criaturas inocentes, variolosas, o atacadas de sarampión y escarlatina. De día y de noche acude al servicio de los enfermos, así en el hospital, como en el lazareto, el bondadoso enfermero Bernardino. Mientras reciben los benéficos rayos del sol, medran las plantas, flores y frutos: mientras recayó en Bernardino, huérfano de padre, el cariño y protección del Obispo de Sigüenza, permaneció en el seminario Bernardino, dividiendo el tiempo entre ejercicios de piedad y estudios eclesiásticos: cuando la guadaña de la muerte segó la vida del Obispo protector, desprovisto de medios Bernardino salió del seminario, sentó plaza de soldado y tomó

parte en algunas campañas. Sólo Dios sabe cuántos galanteos, peleas, broncas y cuchilladas tuvo que presenciar Bernardino en los cuarteles, en las marchas forzadas, en las travesías por distritos desconocidos y en los descansos en caseríos y cortijos: el ser Bernardino castellano puro de cerca de Burgos, el haber sido el seminarista mimado del obispo Fernando Niño de Quevara, el conocimiento que tenía de los latines, las habilidades que había adquirido en el ejército, la edad y dotes personales le abrieron la puerta al servicio del Duque de Sesá y a la corte de Felipe II. Adornado primorosamente con el esmero propio de tan apuesto galán, pasaba nuestro ilustre Secretario del Duque por una de las calles de Madrid, cuando un barrendero le salpicó de lodo el vestido: irritado nuestro caballero y no pudiendo contener sus impetus dió una bofetada al barrendero, el cual lejos de enojarse arrojó la escoba y postrándose a los pies de Bernardino, díjole con una mansedumbre evangélica: "Doy a nuestra merced las gracias por esta bofetada con que me ha honrado y castigado mi falta." Sorprendido de esta heroica respuesta Bernardino no pudo menos de estrechar en sus brazos al barrendero y pedirle fervorosamente perdón: herido como por un rayo de luz divina, regresó Bernardino a su casa, cambió su vida disipada, trocó su brillante posición por la de un humilde servidor de los pobres y para dar más amplitud y perpetuidad a sus aspiraciones, fundó la

Santa Hermandad o Cofradía llamada de los Hermanos Obregones, admirada de los fieles por el sacrificio con que los Hermanos Obregones se dedican al cuidado de los enfermos en los hospitales. El Papa Paulo V concedió a los Obregones que llevasen sobre el hábito gris de la tercera orden de mínimos una cruz negra hacia el lado izquierdo. Por muchos años el servicio del inmenso Hospital General de Madrid corrió a cargo de los profesores facultativos, las Hermanas de la Caridad y los Hermanos Obregones. A la vista del ejemplo de Obregón nadie negará que una bofetada bien dada, y sobre todo evangélicamente recibida, puede ser ocasión de grandes transformaciones